

Dom
17 Oct

Homilía de XXIX Domingo del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“Desde lo hondo a ti Grito Señor”

Introducción

El pueblo de Dios marcha por el desierto. Es un camino difícil en el que se pone a prueba la relación con Yahveh, su Dios, pero Moisés intercede durante la lucha y el ejército vence al enemigo.

El Evangelio nos brinda un tema muy propio de Lucas: La importancia y el valor de la oración.

En medio de todo, nos recuerda S. Pablo en la segunda lectura, que la vigilancia y la fortaleza se asientan en la esperanza de la manifestación gloriosa de Cristo Jesús.



Fray José Antonio Heredia Otero
Casa San Alberto Magno (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Exodo 17, 8-13

En aquellos días, Amalec vino y atacó a Israel en Refidín. Moisés dijo a Josué: «Escoge unos cuantos hombres, haz una salida y ataca a Amalec. Mañana yo estaré en pie en la cima del monte, con el bastón de Dios en la mano». Hizo Josué lo que le decía Moisés, y atacó a Amalec; entretanto, Moisés, Aarón y Jur subían a la cima del monte. Mientras Moisés tenía en alto las manos, vencía Israel; mientras las tenía bajadas, vencía Amalec. Y, como le pesaban los brazos, sus compañeros tomaron una piedra y se la pusieron debajo, para que se sentase; mientras, Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado. Así resistieron en alto sus brazos hasta la puesta del sol. Josué derrotó a Amalec y a su pueblo, a filo de espada.

Salmo

Salmo 120, 1-2, 3-4, 5-6, 7-8 R/. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio? El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra. R/. No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme; no duerme ni reposa el guardián de Israel. R/. El Señor te guarda a su sombra, está a tu derecha; de día el sol no te hará daño, ni la luna de noche. R/. El Señor te guarda de todo mal, él guarda tu alma; el Señor guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a Timoteo 3, 14 – 4, 2

Querido hermano: Permanece en lo que aprendiste y creíste, consciente de quiénes lo aprendiste, y que desde niño conoces las Sagradas Escrituras: ellas pueden darte la sabiduría que conduce a la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús. Toda Escritura es inspirada por Dios y además útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena. Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 18, 1-8

En aquel tiempo, Jesús decía a sus discípulos una parábola para enseñarles que es necesario orar siempre, sin desfallecer. «Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En aquella ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario". Por algún tiempo se estuvo negando, pero después se dijo a sí mismo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esta viuda me está molestando, le voy a hacer justicia, no sea que siga viniendo a cada momento a importunarme"». Y el Señor añadió: «Fíjaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que claman ante él día y noche?; ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?».

Pautas para la homilía

La intercesión es un grito del que ama al Dios que nos ama. Es un acto de fe en su amor.

Todo acto educativo, más aún si se trata de una educación cristiana, que tiene como base la revelación de Dios manifestada en Cristo, tiene como fin procurar que el hombre se libere de todo aquello que le impide amar.

Dios escucha siempre nuestra oración pero normalmente no sabemos qué pedimos ni cómo lo pedimos y por eso nuestra oración debe ser continua, no porque debamos dar la tabarra a nadie, sino porque necesitamos saber qué es lo que realmente necesitamos.

Pero ello requiere fe ¿está viva nuestra fe? ¿estoy convencido de que no hay noche sin alba?

Que nada ni menos aún el mal, sofoque nuestra oración continua y constante.

Nuestra fe está viva o languidece según sea nuestra oración. Esta es escucha de la palabra, pero también intercesión por los demás. La oración es así un grito que pide al Padre su justicia. Es decir, que intervenga en la historia para liberar del mal a sus hijos y para hacer que todos reconozcan en Jesús su hijo, al Salvador del hombre.

Este grito, no debe de cesar nunca en nosotros para lo cual necesitamos unirnos a Jesucristo que se inmola por nosotros y que habiendo extendido sus brazos en la cruz sigue estando siempre vivo para interceder por nosotros ante el Padre.

La Eucaristía es, en este sentido, la mejor manera de configurarnos con nuestro Señor y maestro.

Pidamos pues al Señor que nos enseñe a orar de forma perseverante sin ceder a cansancios y a desánimos, que no se turbe ante el aparente silencio de Dios, ante su inadmisible indiferencia.

No olvidemos que Dios es Padre cuya ternura no tiene límites y juez al que siempre commueven nuestras súplicas y quiere que le insistamos para estar seguro de nuestro amor.

Por tanto, toda oración que sea verdaderamente tal se sostiene, fatigosa y delicadamente, entre la desesperación y la esperanza. A largo plazo, por ser una oración verdadera, se confundirá con la espera humilde, paciente, vacilante, pero a corto plazo la oración verdadera es como una herida de la que brota la súplica y Dios es el que espera que el hombre luche con él, desea la confrontación entre la pobreza y la gracia puesto que desea dejarse vencer por la oración.

Cuando un hombre grita su desconsuelo ante Dios, el propio y el del mundo, Dios escucha atentamente esta oración y el mundo es como un niño adormecido en los brazos de Dios y a punto de despertarse bajo su mirada, al rumor de su propia respiración.



Fray José Antonio Heredia Otero
Casa San Alberto Magno (Valencia)

Evangelio para niños

XXIX Domingo del tiempo ordinario - 17 de octubre de 2010



EL juez inicuo y la viuda

Lucas 18, 1-8

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, Jesús, para explicar a los discípulos cómo tenían que orar siempre sin desanimarse, les propuso esta parábola: - Había un juez en una ciudad que ni temía a Dios ni le importaban los hombres. En la misma ciudad había una viuda que solía ir a decirle: "Hazme justicia frente a mi adversario"; por algún tiempo se negó, pero después se dijo: "Aunque ni temo a Dios ni me importan los hombres, como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no vaya a acabar pegándome en la cara". Y el Señor respondió: - Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos que le gritan día y noche?, ¿o les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?

Explicación

Jesús nos pone un ejemplo para que comprendamos que la oración debe ser insistente, constante, habitual: En un pueblo había un juez injusto. Una mujer viuda iba cada día a decirle: ¡Hazme justicia contra quien me trata mal! Pero el juez no la hacía caso. No obstante, ella insistía y todos los días le pedía justicia. Por fin, el juez, cansado de la mujer, atendió su reclamación. Si habláis a vuestro Padre Dios cada día os hará justicia. No os canséis.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

Narrador: En aquel tiempo, Jesús, para explicar a sus discípulos cómo había que rezar sin desanimarse, les propuso una parábola.

Discípulo1: Maestro, enséñanos a orar. Nos has dicho muchas veces cómo hay que rezar, pero no da resultado.

Discípulo2: Yo empiezo a desilusionarme, ¿seguro que no te equivocaste al enseñarnos a rezar?

Jesús: Vale, os lo repetiré a ver si ahora queda claro. Para rezar debéis decir «Padre nuestro, que estás en el cielo...»

Discípulo1: ¡Eso, Jesús, ya lo sabemos! Lo hemos rezado así muchas veces.

Discípulo2: Pero Dios no nos escucha.

Jesús: Tenéis que seguir rezando ... ¡sin desanimaros! Sentaos aquí, os voy a contar una parábola: «Había una vez un juez en una ciudad que no tenía respeto a Dios ni a los hombres»

Discípulo1: ¡Menuda pieza, vaya caradura!

Jesús: «En la misma ciudad había una mujer viuda que lloraba ante el juez, diciendo:

Viuda: ¡Por favor, te lo ruego, hazme justicia frente a mi adversario!

Jesús: «Pero el juez se negaba una y otra vez, hasta que un día pensó:

Juez: Aunque no temo a Dios, ni me importan los hombres, como esa viuda me está fastidiando, le haré justicia, no sea que acabe por pegarme en la cara.

Jesús: «Fijaos en lo que le dice el juez injusto a la viuda»

Juez: Está bien, está bien. Anda, ven conmigo y te haré justicia.

Jesús: ¿Creéis que Dios no os escuchará a vosotros si le gritáis día y noche? ¿Va a daros largas?

Discípulo2: Entonces, ¿hay que insistir más y más, para que Dios Padre nos haga caso?

Discípulo1: ¡Pues ya verá el Padre Dios lo pesado que me pongo! ¿Seguro que nos escuchará?

Jesús: Seguro, y os hará justicia sin tardar.

Discípulo2: Es muy difícil pedir al padre con tanta fe

Discípulo 1: Además, nunca sabemos si él está de acuerdo con lo que le pedimos.

Jesús: Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe tan grande en la tierra?

Narrador: Si somos cristianos, debemos rezar siempre y mucho. Para que cuando veamos de nuevo a Jesús, al fin de los tiempos, podamos acogerlo y reconocerlo. Y él, seguro que se acordará de nosotros.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández